

# La Nacencia

## I

Bruñó los recios nubarrones pardos  
la lus del sol que s'agachó en su cerro,  
y las artas cogollas de los árboles  
d'un coló de naranjas se tiñeron.

A bocanás el aire nos traía  
los ruíos d'allá lejos  
y el toque d'oración de las campanas  
de l'iglesia del pueblo.

Ibamos dambos juntos, en la burra,  
por el camino nuevo;  
mi mujé, mu malita,  
suspirando y gimiendo.

Bandás de goriatos montesinos  
volaban, chirriando, por el cielo,  
y volaban pal sol, qu'en los canchales  
daba relumbres d'espejuelos.

Los grillos y las ranas  
cantaban a lo lejos,  
y cantaban también los colorines  
sobre las jaras y los brezos;  
y, roándo, roándo, de las sierras  
llegaba el dolondón de los cencerros.

¡Qué tarde más bonita!  
¡Qu'anochece más güeno!  
¡Qué tarde más alegre  
si juéramos contentos!...  
—No pué ser más —me ijo—; vaite, vaite  
con la burra pal pueblo,

y güérvete de prisa con l'agüela,  
la comadre o el méico.

Y bajó de la burra poco a poco,  
s'arrellenó en el suelo,  
juntó las manos y miró p'arriba  
pa los bruñíos nubarrones recios.

¡Dirme, dejagla sola,  
dejagla yo a ella sola com'un perro,  
en metá de la jesa,  
una legua del pueblo...

eso no! De la rama  
d'arriba d'un guapero,  
con sus ojos reondos  
me miraba un mochuelo;

un mochuelo con ojos vedriao  
como los ojos de los muertos...

¡No tengo juerzas para dejagla sola;  
pero yo de qué sirvo si me queo!

La burra, que roía los tomillos  
floridos del lindero,  
careaba las moscas con el rabo;  
y dejaba el careo,

levantaba el jocico, me miraba  
y seguía royendo.

¡Qué pensará la burra  
si es que tienen las burras pensamientos!

Me juí junt'a mi Juana,  
me jiqué de rodillas en el suelo,  
jice por recordá las oraciones  
que m'enseñaron cuando nuevo.

No tenía pacencia  
p'acé memoria de los rezos...

¡Quién podrá socorregla si me voy!  
¡Quién va po la comadre si me queo!  
Aturdió del tó golví los ojos  
pa los ojos reondos del mochuelo;

y aquellos ojos verdes,  
tan grandes, tan abiertos,

qu' otras veces a mí me dieron risa,  
 hora me daban mieo.  
 ¡Qué mirarán tan fijos  
 los ojos del mochuelo!

No cantaban las ranas,  
 los grillos no cantaban a lo lejos,  
 las bocanás del aire s'aplacaron,  
 s'asomaron la luna y el lucero,  
 no llegaba, roando, de las sierras  
 el dolondón de los cencerros...

¡Daba tanta quietú mucha congoja!  
 ¡Daba yo no sé qué tanto silencio!

M'arrimé más pa ella:  
 l'abrasaba el aliento,  
 le temblaban las manos,  
 tiritaba su cuerpo...  
 y a la lus de la luna eran sus ojos  
 más grandes y más negros.

Yo sentí que los míos chorreaban  
 lagrimones de fuego.  
 Uno cayó roando,  
 y, prendió d'un pelo,  
 en metá de su frente  
 se queó reluciendo.

¡Qué bonita y qué güena:  
 quién pudiera ser méico!

Señó: Tú que lo sabes  
 lo mucho que la quiero.

Tú que sabes qu'estamos bien casaos,

Señó, tú qu'eres güeno;  
 tú que jaces que broten las simientes  
 qu'echamos en el suelo;

tú que jaces que granen las espigas  
 cuando llega su tiempo;

tú que jaces paran las ovejas,  
 sin comadres ni méicos...

¿Por qué, Señó, se va a morí mi Juana,  
 con lo que yo la quiero,

siendo yo tan honrao  
 y siendo tú tan güeno?...

¡Ay!, qué noche más larga  
 de tanto sufrimiento;  
 ¡qué cosas pasarían  
 que decilas no pueo!  
 Jizo Dios un milagro;  
 ¡no poía por menos!

## I I

Toíto lleno de tierra  
 le levanté del suelo;  
 le miré mu despacio, mu despacio,  
 con una miaja de respeto.  
 Era un hijo, ¡mi hijo!,  
 hijo de dambos, hijo nuestro. .

Ella me le pedía  
 con los brazos abiertos.  
 ¡Qué bonita qu'estaba  
 llorando y sonriyendo!  
 Venía clareando;  
 s'oían a lo lejos  
 las risotás de los pastores  
 y el dolondón de los cencerros.

Besé a la madre y le quité mi hijo;  
 salí con él corriendo,  
 y en un regacho d'agua clara  
 le lavé tó su cuerpo.

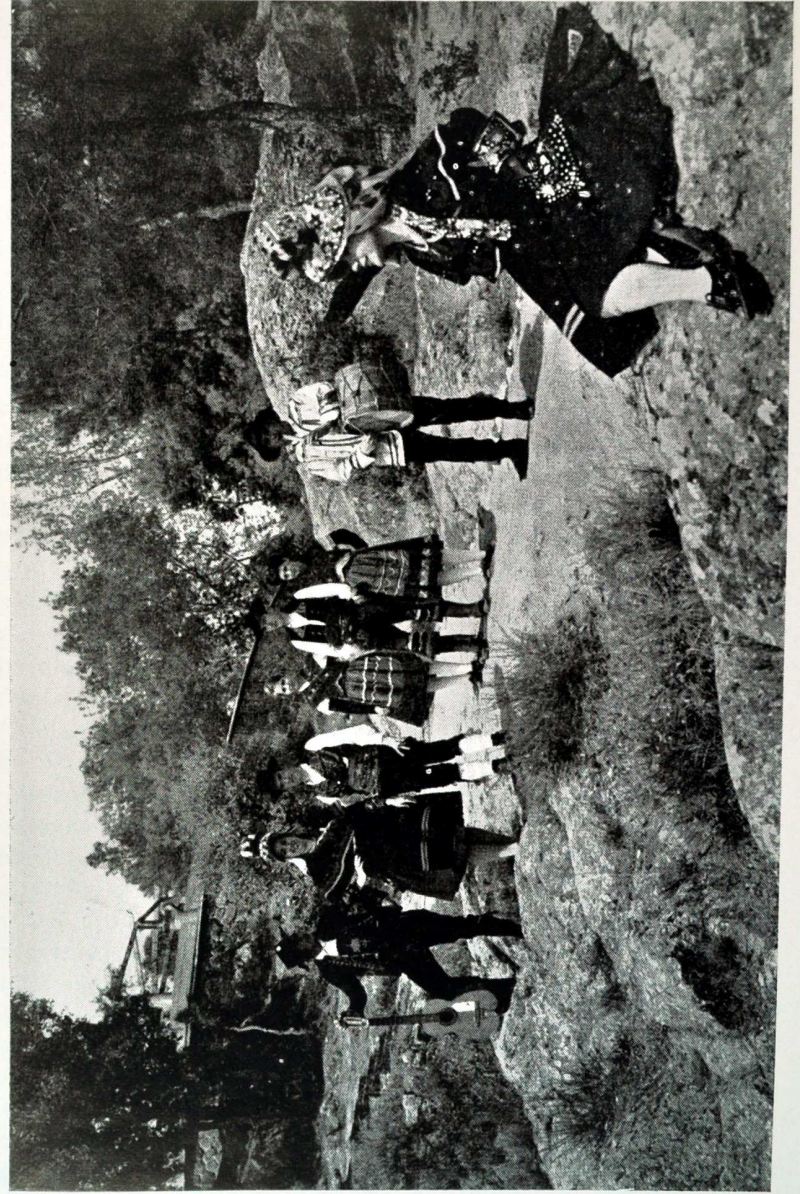
Me sentí más honrao,  
 más crístiano, más güeno,  
 bautizando a mi hijo como el cura  
 bautiza los muchachos en el pueblo.

Tié que ser campusino,  
 tié que ser de los nuestros,  
 que por algo nació baj'una encina  
 del caminito nuevo.

Icen que la nacencia es una cosa

que miran los señores en el pueblo:  
 pos pa mí que mi hijo  
 la tié mejor que ellos,  
 que Dios jizo en persona con mi Juana  
 de comadre y de méico.  
 Asina que nació besó la tierra,  
 que, agraecía, se pegó a su cuerpo;  
 y jué la mesma luna  
 quien le pagó aquel beso...  
 ¡Qué saben d'estas cosas  
 los señores aquellos!  
 Dos salimos del chozo;  
 tres golvimos al pueblo  
 Jizo Dios un milagro en el camino:  
 ¡no podía por menos!

LUIS CHAMIZO



ALBUM EXTREMEÑO.—Grupo típico. (Foto Arribas).